

Es una especie de adhesión, un asentimiento racional, cuya resultante de belleza inflama esa serena, amorosa seguridad que Rosa Chacel llama fe.

Manuel Andújar, el novelista cuya obra narrativa es una de las más significativas de la llamada «literatura del exilio», es un gran amigo de Gil-Albert, y lleva a este homenaje una carta, que firman Ananda y Manuel Andújar. Transcribimos unos párrafos:

«Cada libro tuyo, querido y admirado Juan, nuestro dilecto amigo, es, al mismo tiempo, con acompasado son, entidad autónoma y movimiento integrador de la sinfonía que desarrolla, armónicamente, la escritura y tesitura vital que te tipifican en el aún desgarrado panorama de las letras españolas. A partir —acepción de hito y tajo— de 1939; reiterémoslo para aviso de caminantes olvidadizos.»

«Eres el escritor-artista que ha consagrado principal y perseverante propósito a una cosmovisión que en idioma explorador desemboca y que alcanza, sin rictus ni engolamientos, filosófica categoría. En ti alternan —o se debaten— la majestad clásica, esa elegancia que emboza piadosamente las íntimas tensiones, y los encrespamientos románticos que suelen lindar con la utopía y asumen inequívocas sintaxis y praxis quijotescas. En la ponderada vastedad de tu obra vibran los tonos aquilatados de la herencia greco-latina, la urdimbre mediterránea que se remite, por vía medular, a la depurada retórica de la antigüedad, al mero alentar de las gentes, a las estampas, recién pintadas juraríamos, de sus campiñas, rincones serranos y cariciosas riberas, cuando la muerte se confina en simple etapa de mutabilidad. O al denunciar, rebelándote, las diversas inquietudes, los costrosos prejuicios. Al reclamar el derecho humano, sí, que en consecuencia a nadie deja de implicar, de poder ser distinto, lo que significa, más allá de su hontanar y estricto argumento, la virtualidad de tu "Heraclés":

*Ayer había un fuego en torno nuestro  
hoy un pozo de sombra (...)*

{...} «Aparte de apelar a lo que de autobiografía hay, espigable, en tus libros, basta considerar desde nuestro mirador, el derrotero que seguiste, los avatares que han labrado tu idiosincrasia. Sobrio en las fases de éxito juvenil, en la lúdica conexión con tu ambiente, en el regalo de una posición social de moderado privilegio, enseñanzas que de guía sirven, bienes materiales que propician viajes y degustaciones y ocios fecundos, arrostras, con sencillez señorial, limpio de histrionismos, el exilio y sus iniciales precariedades. Nada, de lo que legitima, se pierde definitivamente mientras sea factible contemplar, imaginar, meditar, llevar consigo las ideas y el idioma, los cánones laicos y transmitirlos, la querencia de tu tierra, nativa y adoptada, se formularía como anillo al dedo, con imperativos de obligación familiar. Y fuiste de los primeros

en regresar a España sin desdecirte, pagaste con demasía tu precio de mudez y aislamiento, inmune a la contaminación, a las corrupciones, al hedor de la tiranía siniestra, gélida, zafia. En ese clima de gualdrapada podredumbre, lógico es que te ignorasen, pero tu literatura, tu poética, germinaban en la penumbra, acunadas por los cuadros, cortinajes y lámparas de un "interior" donde métrica y pensamiento atestiguaron una heroicidad cotidiana (...)

Juan Gil-Albert, en la penumbra templada de Valencia, como ha explicado Manuel Andújar, recibe la apreciación de los jóvenes escritores, que le dejan poemas, palabras de reconocimiento; que le piden recuerdos, datos de su biografía.

Jaime Gil de Biedma, en su comentario a la obra del maestro, le adjetiva como «sabio».

«(...) sabio no sólo en una especialidad precisa, la creación literaria, sabio en sabiduría, como los antiguos. Escribir, sea en verso o en prosa, es para él una actividad tan necesaria y tan espontánea como respirar y pensar, supeditada siempre a una finalidad que no está en ella misma, y que es lo que de verdad le importa: encontrarle un sentido a su vida (...)

*Un español que razona*, es el título de su homenaje a Gil-Albert. El razonamiento del escritor alcoyano en nada se parece—subraya Gil de Biedma—a sea habilidad juglaresca que tanto se aprecia entre nosotros—algo intermedio entre la teología y la abogacía—, análisis y consecuencia tampoco le preocupan demasiado. *Es la comprensión ética y estética de la propia vida lo que su razonamiento nos propone.*

Juan Lechner subraya unas características, que él considera definitorias, de la obra gilbertiana.

«(...) Nobleza y templanza, a la vez que búsqueda del sentido de la vida, búsqueda también, por necesidad íntima, de la belleza y de su sentido para la vida humana. Renuncia, distancia, al mismo tiempo que goce altamente disciplinado. Respeto por otras creencias y otros puntos de vista, receptividad hacia otras culturas e ideas, desde una posición agnóstica que encuentra sus fundamentos principales en la cultura clásica —Horacio, Epicuro—, pero no queda delimitada exclusivamente por ella y que se alimenta igual de Ronsard y de Chopín, que de Santa Teresa, de Cervantes y de Galdós (...)

Fernando Ortiz, uno de los responsables de esta revista-homenaje, dibuja uno de los rasgos de Gil-Albert, uno que sobresale:

«El respeto profundo por *el otro*» (...) «A fuerza de inteligencia, a fuerza de humanidad, Gil-Albert ha hecho olvidar su obra a quienes le conocemos como tal *obra escrita*. Uno deja de darle

la importancia en sí que debiera. Y la ve sólo como parte de esa totalidad que es Juan Gil-Albert. Gil-Albert, que tanta admiración profesa por algunos famosos dandys como Wilde y Baudelaire, no ha tenido que representar ningún papel para no decepcionar al lector de su obra. Su vida es vivida con plena autenticidad, y su obra está hecha con lo más auténtico de su vida» (...)

Leopoldo Azancot firma un importante ensayo sobre el poeta: «Singularidad de Gil-Albert». En este acertado enjuiciamiento de la obra de uno de los fundadores de la revista *Hora de España*, Azancot se pregunta las razones de la falta de reconocimiento, el escaso o nulo eco para la obra creadora del artista alcoyano. Y el crítico sevillano encuentra una aclaración:

« (...) la explicación de dicho confinamiento en la nada socio-cultural, la encuentro en la singularidad extrema de su postura ante lo dado, de su visión del mundo, de su jerarquización de las prioridades espirituales, ante la cual toda diferencia política u otra se anula en el reconocimiento de una unidad de fondo frente a lo radicalmente ajeno, que en este caso —y para darle un nombre, siquiera aproximado—, podríamos llamar el a-cristianismo radical de Juan Gil-Albert (...). Este enfrentamiento con el cristianismo, que en el fondo no ha constituido sino un alejamiento de él, es —creo— la causa fundamental del silencio durante años sobre la figura y la obra de Gil-Albert, silencio que sólo se ha roto una vez que las generaciones nacidas tras la guerra civil —acontecimiento que marca el fin de la vigencia comunitaria del cristianismo en nuestro país— han podido alzar su voz. Hoy, cuando esa voz tiende a dominar sobre las demás, Gil-Albert comienza a ser reconocido como se debe: como un artista impecable —sin precedentes aquí— que rompe el cepo asfixiante en que estaba presa la cultura española, haciendo factible el vuelo hacia la libertad espiritual, hacia la aventura.»

Es muy difícil resumir, en estas breves notas de comentario, el ancho catálogo de meditaciones, serenas o apasionadas, artículos elegíacos, entusiastas y evocadores, que componen este gran libro que merecía el gran escritor Juan Gil-Albert.—ALFONSO LOPEZ GRADO-LI. Finca «El Pila», Pozohondo (Albacete).

## DOCTOR GLAS, CRONICA DE UNA INCOMUNICACION

*¡Oh torbellino lento de sensaciones descentradas!*

Fernando Pessoa

*Siempre sueña quien habita las cenizas.*

Juan Pedro Quiñero

Ignoro qué significación tiene el doctor Glas dentro de la obra de Hjalmar Söderberg. La falta de ediciones en España de autores escandinavos sigue bastante generalizada. Por eso voy a comentar esta novela como un todo, sin relación alguna con el resto de su obra, que desconozco enteramente (\*).

El doctor Tiko Gabriel Glas lleva una vida anodina, tampoco tiene proyecto alguno que justifique una confesión diaria. Ante todo, Glas es insignificante, pero no trata de salir de su nulidad mediante una gran obra. Como es natural, su historia anterior es decisiva, y llegado a un punto se encuentra con que la única relación que mantiene con los demás es la estrictamente profesional, con gente que, como se demuestra a través del diario, no le importa nada. Su concepto del deber contribuirá más a la disolución de cualquier objetivo en el transcurso de sus días. O, mejor dicho, el objetivo será precisamente intentar una comunicación que no llegará.

Ya al principio él se pregunta por qué está escribiendo sus impresiones. Por qué, para qué, para quién. No escribe para nadie, él mismo afirma que no relee lo ya escrito:

«escribo —dice— para matar unas horas de insomnio».

Esto es, como defensa contra el insomnio, como defensa de su individualidad, de su aislamiento. (No pretendo afirmar que el insomnio sea producto de su individualidad o consecuencia de su aislamiento, pero sí esa necesidad de «matar unas horas». Para mí es evidente.) Incluso

«escribo simplemente para mover la mano, ya que el pensamiento se mueve por su cuenta»,

lo cual es un principio de disociación, y por tanto, lo que escribe tampoco ha de ser reflejo necesariamente de lo que piensa, sino más bien el escribir es un ejercicio que marcha paralelo al pensamiento. Esto es, para mí, de una importancia enorme, porque da a entender que la función del que escribe no es otra que la de ponerse a salvo, ese matar las horas, es decir, anularlas: defenderse contra el paso

---

(\*) La edición española es de Seix Barral, Barcelona, 1967.

del tiempo. Lo chocante es que, por otra parte, recalque que todo lo que escribe es verdad. Como esto otro:

«Rara vez apunto un pensamiento la primera vez que se me ocurre. Espero a ver si vuelve.»

Esta afirmación, con una lectura del texto, resulta ininteligible. Denota, eso sí, una fuerte inseguridad.

El doctor Glas se arrepiente también de su vida, se arrepiente inmóvilmente, como en el caso de Leopoldo María Panero. Cuida remarcar que eso no es una confesión, pero lo que verdaderamente hace es echarlo fuera, desprenderse de ello y de su posible culpabilidad. Desembarazarse, en lo posible, de su vida. También, al analizarla, se enfrenta a ella con una buena dosis de espanto. Declara que tiene miedo de sentir remordimientos, que, según afirma, es lo que uno gana cada vez que quiere salirse de su propia piel. Una vez más desembocamos en el mismo problema: desposeerse de su individualidad, despersonalizar la angustia.

Sus conceptos éticos no son ya huecos o vacíos, sino sólo acomodados para mantener una existencia un tanto tranquila, sin sobresaltos. Esa despreocupación por el problema ajeno le acarrea constantemente un sentimiento de culpabilidad del que no sabe desprenderse. Y queriendo tapar su maltrecha conciencia, arguye que la vida presenta un rostro demasiado abyecto. El saber positivamente que obra injustamente será quizá la causa principal de su insomnio. La búsqueda de la tranquilidad le privará de la tranquilidad.

Su norma ética es la necesidad, y no hay más ley verdadera que esa. La ley es absurda, formula, y ninguna persona decente permite que la ley rija sus acciones. Tampoco existe la culpa. El deber es asimismo un concepto vacío:

«El deber, qué excelente biombo detrás del cual esconderse cuando se trata de evitar hacer lo que tendría que hacerse.»

Es la tapadera para uso, según convenga, en favor de la tranquilidad. Es difícil comprender cómo teniendo un absoluto desprecio por cualquier norma, le preocupa tanto el remordimiento. Si la culpa no existe, tampoco debería existir el remordimiento. Una contradicción básica de Glas. Ni que decir tiene que con tal concepto del deber cometerá cuantos atropellos tenga a bien. En todo caso cambiante, puesto que en más de una ocasión recurre como disculpa al «deber hacer». La moralidad, afirma, es un tiovivo que da vueltas.

Como es natural, y a pesar de su profesión, o tal vez por ella misma, la muerte se justifica (procedimiento Raskolnikov) e incluso

se pregunta con curiosidad qué efecto le producirá tener un crimen en la conciencia. Aunque, en su caso, me parece estúpido. Incluso escribe:

«En cuanto a las vidas humanas lejanas, invisibles y desconocidas, no le importan un bledo a nadie.»

Esta postura abarcará incluso a su propia muerte, preparándose pastillas para un posible suicidio de emergencia.

Advierte que una gran obra a realizar y a la que dedicar su vida puede ser su salvación, y hasta mendiga, según su expresión, una hazaña, algo de lo que sólo él se dé cuenta que haya que cumplir y que nadie, sino él, se atreviese a cumplir. Pero no se encuentra ni con voluntad ni con imaginación suficiente como para llevarla a cabo. Y así, mediada la novela, dice:

«Aunque todavía no comprendo muy bien qué tengo que hacer en este mundo, aquí me he quedado.»

Por una parte, un reconocimiento rotundo de su personal fracaso; por otra, un absoluto desconcierto en torno a su postura. Desconcierto que aun se agrava más al perder conciencia clara de su voluntad, como se hace patente en la relación sueño-vigilia que se incrusta uno en otra borrando los límites que «debieran» existir entre ambos. Y se lamenta:

«Poder escoger es poder renunciar. ¡Oh, que tan difícil sea el renunciar!»

El gran problema de Glas es evidentemente la soledad. Por una vez, por muchas veces, apela al recuerdo, que es siempre la principal consecuencia de la soledad, el aislamiento, la incomunicación. La infancia. Las fotos y la imaginación amarílean. El resentimiento contra el padre, al que sólo perdona cuando le golpea injustamente (entre paréntesis: no crea que jamás pueda ser justo que un padre golpee a un hijo), es significativo. Le perdona la debilidad, el error, y ama también la debilidad, la fragilidad, o a los que se han visto engañados, burlados. Es una simpatía (nótese *συν-παζος*) natural e insoslayable. Se han ido perdiendo todas las figuras de la infancia. Tiempo más tarde, la pérdida de la cual no se ha repuesto aun diez años después: su primer y único amor, que se ahoga al bañarse. La muerte le regala cruelmente un vacío que ya no se tapaná nunca:

«Hace diez años de aquello, diez años que se cumplen esta noche y todavía hoy me siento enfermo y loco al pensar en aquello.»